

# El tiempo y la posibilidad en Jorge Luis Borges

Camilo García

*Instituto Hispano-Portugués, Estocolmo*

Uno de los elementos lógicos centrales de la obra borgiana es la vieja idea de la coincidencia de los contrarios. Sus orígenes se remontan a la obra escrita por el arzobispo filósofo alemán de siglo XV, Nicolás de Cusa, *La docta ignorancia*. Fiel al pensamiento platónico, que el Renacimiento resucitó, supuso que lo divino se muestra con claridad a los ojos humanos a través del orden de las figuras y relaciones matemáticas. Así, la intuición de que en el límite la figura de un polígono se confunde con el círculo que la encierra o que una línea recta se torna totalmente semejante a una curva, le sirve para indicar el atributo esencial de Dios, como ser infinito por definición, que funde en una unidad indisoluble y total los contrarios que subsisten como tales en el mundo real. Pues en la esfera de lo infinito donde existe Dios necesariamente cada elemento se vuelve exactamente igual a su contrario; su ser es la expresión absoluta de la unidad. El cusano se propuso, así, demostrar racionalmente la existencia necesaria de un ser suprasensible que escapa a la observación sensible de cada hombre. Al poder pensar o imaginar el punto en que los contrarios se disuelven en la unidad, se torna representable la idea indeterminada de la infinitud divina. Las figuras matemáticas extendidas espacialmente hacia el infinito iluminan el espíritu humano para que pueda entender la necesidad real de su presencia.

No encontramos en las ficciones de Borges ninguna manifestación expresa que lo relacione con esta idea del cusano. Sin embargo, constituye, a mi juicio, un elemento que forma

parte de la estructura de su obra. Esta idea del límite en donde los contrarios coinciden impregna de modo casi imperceptible el contenido de la mayoría de sus relatos hasta el punto de que los hace racionalmente comprensibles; es una idea que garantiza la inteligibilidad de las ficciones que crea. Pero Borges en vez de considerarla una propiedad del espacio geométrico como lo hizo el cusano, la sitúa como una cualidad propia del tiempo donde ocurre y se despliega la vida real de los hombres.

De tal manera que cuando el tiempo de la vida humana se hace extenso y largo, es decir, cuando tiende hacia el infinito, todas las posibilidades contradictorias que están inscritas en esa vida terminan necesariamente realizándose. Si un observador imaginario se instalara en este punto final de los sucesivos intervalos temporales -cada uno de los cuales corresponde al proceso de realización de una posibilidad determinada- podría constatar la suma o el cuadro completo de la realidad efectiva y empírica en la que han tomado cuerpo las diversas posibilidades que tiene la existencia humana; es decir, podrá hacer un inventario definitivo de su número, que por más extenso que sea no deja nunca de ser finito. De ahí, que en este punto límite del tiempo no se encontrará la fusión de las formas contrarias sino su existencia sucesiva completa y exhaustiva.

Esto es lo que, a mi juicio, dice Borges cuando en "El jardín de los senderos que se bifurcan", donde trata expresamente la idea del tiempo, dice que "Ts'ui Pen, a diferencia de

Newton y de Shopenhauer no creía en un tiempo uniforme, absoluto. Creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que secularmente se ignoran, abarca todas las posibilidades". Para él el tiempo no puede ser uniforme y homogéneo como supone la física de Newton porque no da cuenta de la especificidad de lo humano que se define por la capacidad de crear, una y otra vez, diversas posibilidades. Vivir humanamente es darse diversas posibilidades en cuya realización se gasta el tiempo de la existencia. Pero al mismo tiempo, como lo sabemos desde Heidegger y Sartre, cada posibilidad al realizarse excluye otras que le son diferentes o contrarias. Exclusión que, sin embargo, es parcial e incompleta porque permanecen en el curso del tiempo siempre virtualmente abiertas y disponibles. Y esto es así de

escritores y pensadores modernos, la pudo formular porque en el tiempo de la historia real de los países occidentales todas las posibilidades contradictorias de la vida humana ya se han registrado. Pensar o concebir el tiempo como escenario de realización de las múltiples posibilidades sólo es posible en el instante en que esas posibilidades hayan adquirido en el pasado y en el presente la fisonomía de lo real. La historia de Occidente ofrece esa posibilidad no tanto en razón de su extensión temporal -hay otros pueblos como los orientales con una historia más vieja y larga-, sino fundamentalmente debido a la riqueza y completud de posibilidades realizadas que presenta. A partir de este hecho esencial se hizo posible el pensamiento o la conciencia del tiempo en los tiempos modernos. Conciencia del tiempo que ha tenido dos dimensiones contradictorias: la primera, forjada por la obra filosófica de Hegel, continuada por el

**Creo que esta visión borgiana del tiempo tiene la cualidad de captar bien**

una parte esencial de la historia, y en especial de la historia moderna creada **y protagonizada por aquellos que, apoyándose en el pensamiento de Marx,** se dieron a la tarea práctica de crear un orden social totalmente diferente a todos los existentes en el que lo negativo no existiera.

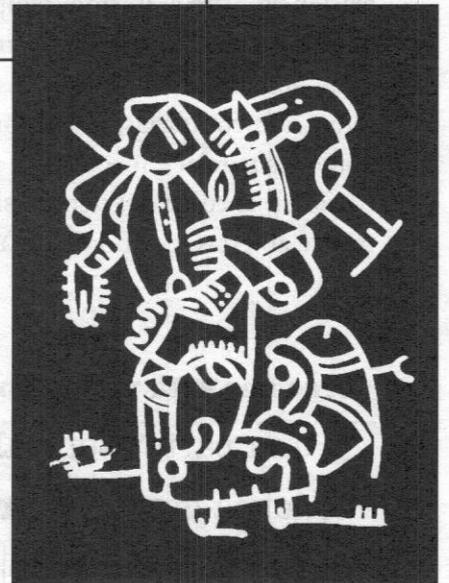
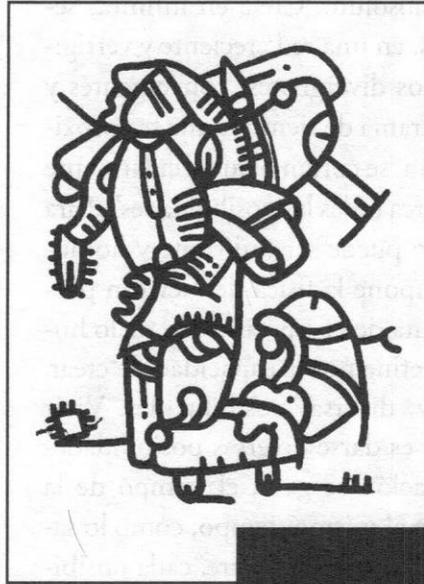
bido a que la realización de una posibilidad determinada depende de la presencia y persistencia formal de las otras que los hombres excluyen en la práctica. De ahí que el tiempo de la existencia concreta de los seres humanos sea un tiempo que se identifique con la posibilidad misma.

Ahora bien, podemos decir que esta idea del tiempo borgiana que comparte con otros

materialismo histórico de Marx y rematada por el psicoanálisis de Freud, consiste en sostener que las formas o posibilidades negativas de la real que se ha registrado en el pasado histórico de la vida social o individual se puede superar o suprimir en el presente o en el futuro de esa vida si los hombres toman conciencia de los mecanismos que las han producido; es decir, si descubren e identifican cognoscitivamente

las causas objetivas y los motivos subjetivos que las han hecho posibles. Si se da esta situación, los seres humanos quedarían en condiciones de lograr este fin que parece brotar de lo más profundo de su ser, de lo más auténtico de sus deseos e intereses vitales. El propósito conciente de la obra de estos autores no solamente fue indicar o justificar esa posibilidad, como posibilidad aparentemente nueva e inédita de la historia, sino al mismo tiempo, ofrecerle a los seres humanos los elementos cognoscitivos y racionales que aseguren la posibilidad de realizar este fin<sup>1</sup>.

En efecto, Hegel dedicó su enciclopédica obra filosófica a “demostrar” que los fenómenos racionalmente negativos del pasado fueron en sí mismos formas que surgieron y existieron para preparar su completa superación en el presente de la historia. La conciencia moderna del tiempo que su reflexión aspiró a construir se basa en la posibilidad de mostrar, con los conceptos de la razón, la finitud temporal de la negatividad pretérita. La plenitud del espíritu



<sup>1</sup>El pensamiento de esta posibilidad, como se sabe, se abrió paso en Occidente cuando los hombres descubrieron el futuro como un campo posible de resolución de los problemas del presente. Desde el Renacimiento el futuro adquirió en la historia la prioridad temporal de ser el lugar donde sería posible, aquí en la tierra, la formación real de un mundo diferente al presente, en el que desapareciera la negatividad que atraviesa la vida individual y social. El futuro sería la plasmación de ese mundo anhelado en el que las formas concretas de lo negativo que acompañan la existencia cotidiana dejarían de ser fenómenos reales en el terreno del más acá de la realidad misma. Montaigne fue tal vez el primer pensador que se percató de este vuelco o “huída” del hombre hacia el porvenir que caracteriza la nueva época moderna y que las imágenes utópicas se encargaron de dibujar en sus detalles concretos. En sus Ensayos dice: “Nunca estamos en nosotros mismos; estamos siempre más allá. El miedo, el deseo, la esperanza nos lanzan hacia el porvenir y nos apartan del sentimiento y la consideración de lo que es”. (Essais, Alcan, París 1956. pág. 15. La traducción es mía). El futuro abierto al sentimiento y la conciencia de los seres humanos adquiere la forma de un proyecto por cumplir en el que se llenarían las carencias reales que se tienen. Por eso el Ser-para-la-muerte que Heidegger descubrió en la estructura fundamental del Dasein capta solamente un aspecto determinado del significado que tiene el futuro para la existencia, el de la llegada inevitable de la muerte. Pero omite el hecho igualmente esencial de que sobre su horizonte los hombres no han dejado de trazar las imágenes ideales de sus deseos y necesidades presentes insatisfechas; no han dejado de concebirlo, por lo menos desde el Renacimiento, como el intervalo de tiempo en que el contenido pleno de la vida sea posible en la realidad de esta tierra.

absoluto es la síntesis del devenir del tiempo en donde los límites negativos de la realidad están completamente superados. Marx por su parte, denunciando la impotencia real de la idealidad pura de la razón, reclamó la intervención práctica de los sujetos sociales para romper revolucionariamente las ataduras visibles e invisibles, materiales y espirituales del pasado, y del propio presente que lo repite y prolonga en sus fundamentos esenciales. Y Freud estableció a su vez, que la condición esencial de la cura de la enfermedad psíquica -de la neurosis- radica en la posibilidad de que el individuo tome conciencia del sentido y la raíz originaria del conflicto y tensión que lo agobian. En caso de lograrse este fin por medio de la terapia analítica, los sucesos del pasado quedan sometidos al control racional de una conciencia que libera al sujeto de la fuerza subyacente de unos instintos naturales que fueron reprimidos por la normatividad cultural desde el origen histórico de la vida humana.

La segunda dimensión de la conciencia del tiempo de la modernidad es la que plantea, entre otros autores, Borges. Al contrario de estos pensadores, Borges considera que las posibilidades o formas negativas del pasado, como la maldad, el sufrimiento, la ignorancia, la miseria económica, la injusticia social, la violencia, las guerras, la opresión política, etc., que la historia ha registrado de manera completa, no se pueden superar por más que los hombres lo quieren o tengan conciencia de esa necesidad. Como todas las posibilidades ya han ocurrido en la realidad de la historia, no existe absolutamente ninguna posibilidad sin realizar en el mundo actual.

Esto significa que para Borges este mundo presenta una fisonomía "cerrada", es decir, aparece como un mundo en el que sus habitantes se ven objetivamente obligados cuando actúan a repetir la forma de alguna de esas posibilidades registrada alguna vez en el pasado. La pretensión de superar de una vez y para

siempre lo negativo de la realidad no es una verdadera posibilidad de la vida humana.

Pero además existe un segundo motivo que Borges indica en el contenido de varios de sus textos -basta recordar *Las tres versiones de Judas*- para afirmar la imposibilidad de superar las formas y posibilidades negativas del pasado: se trata de que estas formas hacen parte constitutiva de la realidad humana. Cada posibilidad, especialmente las éticamente negativas, al realizarse engendra un signo que hace visible, que revela, lo que ES en realidad el ser humano, a saber, su condición de ser imperfecto, limitado y finito. Si en el caso hipotético de que los seres humanos llegaran a suprimir estas formas negativas, como lo pretenden Hegel, Marx y Freud, se suprimirían como tales; dejarían de ser seres humanos. De ahí que mientras dure la historia, mientras los seres humanos sean en el tiempo, no podrán dejar de afirmar su imperfección, no podrán dejar de ser lo que en esencia son.

Creo que esta visión borgiana del tiempo tiene la cualidad de captar bien una parte esencial de la historia, y en especial de la historia moderna creada y protagonizada por aquellos que, apoyándose en el pensamiento de Marx, se dieron a la tarea práctica de crear un orden social totalmente diferente a todos los existentes, en el que lo negativo no existiera. El resultado final de esta empresa que duró casi todo el siglo fue, como se sabe perfectamente, un fracaso completo debido a dos motivos fundamentales: primero, a que sus gestores y dirigentes lo que hicieron en realidad fue prolongar antiguas formas negativas de la vida social, como por ejemplo la organización de un Estado que no reconocía las libertades de los individuos -un Estado opresor-, o establecer nuevas como la creación de inmensos campos de trabajos forzados durante el régimen stalinista en la Unión Soviética, donde murieron millones de seres humanos. Con esta reafirmación de lo negativo que efectuaron los

gestores prácticos de este "nuevo" orden social lo prolongaron en el tiempo presente de la historia como un aspecto esencial de su realidad<sup>2</sup>. Pero además generaron con esta acción una de las mayores ironías de la historia moderna: al proponerse, al trazarse el fin supremo, de erradicar lo negativo en la vida terrenal lo que hicieron en la práctica fue realizarlo de nuevo. Y ahí brotó la imagen de la imposibilidad de esa pretensión que define el límite mismo de la existencia humana.

Y segundo, el fracaso de esta empresa de construcción histórica se debió también al hecho de que sus gestores se pusieron a cumplir una tarea que, sin saberlo, rebasaba todas sus fuerzas y sus posibilidades reales, es decir, una tarea que negaba y contradecía flagrantemente su condición real de seres imperfectos. Tal vez esta circunstancia explica la fuerza y la violencia que emplearon en muchas ocasiones para llevarla a cabo; sintieron, tal vez, que forzando y coaccionando a los demás a superar sus limitaciones e imperfecciones, podrían organizar una sociedad perfecta. Pero al usar la fuerza para realizar este fin lo que hicieron en realidad fue prolongar en el tiempo su existencia, es decir, mantener vivo un paradigma de la imperfección, entre los diversos que existen, en el seno del mundo moderno.

Y este empeño lo llevaron a cabo con tanta violencia que hoy después del derrumbe del muro de Berlín, después del fracaso definitivo de esa empresa socio-histórica, sus gestores se

han convertido a los ojos de todo el mundo en ejemplos significativos de imperfección y negatividad.

Por eso pienso que después de asistir a la negación definitiva de esta posibilidad, que la obra literaria de Borges nos había anticipado intuitivamente desde hace mucho tiempo con su idea del tiempo, no queda sino una única postura humana y racional posible: la de reconocer concientemente la imperfección insuperable del ser humano que provoca inevitablemente la existencia de lo negativo en todas las dimensiones del tiempo. Ciertamente esta admisión puede conducirlos -como suele ocurrir hoy- a que se confundan y pierdan en su laberinto interminable; a que queden sometidos ciegamente al imperio de las formas que limitan y aniquilan la vida. Sin embargo, es la única condición que les permite actuar con eficacia contra ella para conseguir su contención o su supresión temporal, parcial y limitada. Lo único que racionalmente no tiene límites en el tiempo es la lucha permanente contra las formas natural y socialmente negativas que brotan sin fronteras de tiempo, y de diferentes maneras, en el curso de la existencia humana. En esa posición, precaria pero imprescindible, la razón podrá conservar la vieja condición de ser el arma más propia que tienen los seres humanos para defenderse de sus propias negaciones que los atraviesan de principio a fin.

**bojas Universitarias.....**

<sup>2</sup>Ciertamente estas sociedades presentaron también aspectos positivos como por ejemplo una distribución más o menos justa y equitativa de los recursos económicos creados por el trabajo social, un ingreso asegurado de todos a los servicios educativos, una asistencia médica y hospitalaria gratuita y universal, posibilidades laborales para todos, etc. Pero estos aspectos positivos, por meritorios que sean, no pudieron ocultar la existencia contrapuesta de formas negativas determinantes que le dieron la fisonomía esencial a estas sociedades. Hasta el punto que fueron estas limitaciones negativas, concentradas en la falta de libertad para los miembros de la sociedad, las que desempeñaron el papel decisivo en su caída histórica.

